

Carta de México

Veracruz, el 10 de febrero.

FIASTEIS el pequeño a mi cuidado.
—Ha muerto.
Y con él otros varios camaradas,
pobrecillo.
De la tripulación... no queda nadie.
Acaso volveremos; unos cuantos
por lo menos: tal es nuestro destino.

Esta palabra —marinero— cifra
lo que hay de más hermoso para un hombre.
Toda la gente sobre tierra firme
quisiera serlo, no me cabe duda.
(Los disgustos aparte. Si no fuera por ello...
Pero ya se ve, cuestan caro
los aprendizajes.)

Lloro al deciros esas cosas, yo,
el viejo *Frère la Côte*.
Mi sangre hubiera dado por la suya,
mil veces. Mas ¿qué puedo
yo, si tamaño mal no sabe de razones?

Parece aquí la fiebre un marzo cuaresmeño.
Uno va al cementerio a recibir la parte
que le corresponde.
A lo cual nuestro joven zuavo —incorregible
parisiense— gustaba de llamar
“*Le jardin d'acclimatation*.”

Consolaos. El no es el único; todos
mueren aquí como si fueran moscas.
... Encontré unos recuerdos en su saco de lona:
el retrato de una
muchacha, dos sandalias diminutas,
y (lo siguiente manuscrito:)
regalos a mi hermana.

Quiso que *la mamá* tenga noticia
de sus finales devociones;
y ha de saber el padre,
también a su deseo,
que hubiese “preferido caer en la batalla”.

Dos ángeles velaban su agonía:
el uno, marinero; viejo soldado el otro.

Tristan Corbière.